

## CONCLUSIONES A MODO DE BALANCE

Este es el libro de un diletante.

Quizás a estas alturas del siglo XXI no tenga mucho sentido hacer esta clase de libros; pero hay que declarar que su elaboración ha sido asunto absolutamente privado y particular, hecho por afición e interés por el desarrollo de la ciencia en Aragón; y que no ha costado al erario público ni un céntimo (de euro).

Dice una autora del siglo XX que es preciso ‘rescatar nuestra memoria más próxima (la del siglo XIX), para entender de dónde venimos’. Uno tiende a pensar inmediatamente en que (quizás) ese ‘olvido’ del siglo XIX se puede deber a que aquellas gentes de hace ya dos siglos se parecen demasiado a nosotros (sobre todo, en los defectos y en los errores). Lo que no es opinable es que hay que ‘rescatar’ y conocer el siglo XIX. Y lo decimos al acabar este libro que no es más que una recopilación (que todavía no se había hecho), de lo que hubo en prácticamente todos los campos de la ciencia en el XIX y en Aragón.

La primera consideración a hacer es que, a nuestro juicio, el XIX español (y ya no digamos el aragonés) es un siglo poco considerado. Las luces del ‘siglo ilustrado’ deslumbraron a más de uno y el interés por lo más moderno, actual y vivido (el siglo XX) acabó de arreglarlo.

Quizás sea consecuencia también de que, en general, no suelen interesar los inicios de las cosas. Por ejemplo, a muchísimas personas les interesa mucho más lo que ocurrió en la Segunda República que en la Primera (que normalmente, suponen que existió por deducción ordinal). A muchísimas más personas les interesa más el constitucionalismo actual y último (1978) que el primero (1812). A muchas más personas les interesa aquello de lo que hay mucho (Plan Nacional de Obras Hidráulicas del ministro Rafael Gasset, 1902) que de lo que hay en los inicios (que suele ser bastante menos, por ejemplo, la construcción de presas en el XIX).

La Fundación CAI100, editora de 100 libritos (de casi 100 páginas) bien interesantes, encargó cada ejemplar a uno o varios especialistas, que en la introducción a cada tema suelen hacer un, digamos, barrido histórico. En el índice del dedicado a *La industria en Aragón* vemos que el siglo XIX ocupa 1 página. En el de *Obras hidráulicas en Aragón*, el siglo XIX ni siquiera tiene, en el índice, apartado propio.

Empecemos por el ‘haber’: uno de los aspectos por los que el XIX merece ser valorado y recordado es porque en él se produjo (sobre todo en el reinado Isabelino) lo que se suele llamar ‘la institucionalización de la ciencia en España’.

Los que se dedican al cultivo de la ciencia (los científicos, palabra también del XIX) en el siglo XIX ya no suelen ser nobles diletantes que montan sus gabinetes de curiosidades y pequeños laboratorios con algún telescopio en alguna torre de sus posesiones y se dedican a ello por afición o altruismo. Son ciudadanos que han de ser remunerados por su trabajo (del cual han de vivir y sostener a sus familias) y que se dedican a difundir y ampliar los conocimientos de una determinada rama del saber (habitualmente; aunque, como hemos visto, también hay muchos casos en el XIX de personas que abarcan con solvencia varios campos del conocimiento. Eso va a ir desapareciendo rápidamente al tender hacia la especialización).

Esa dedicación y esa remuneración va a venir sobre todo del Estado (y, en España al menos, en mucho menor grado de instituciones privadas) que ha creado y sostiene las

instituciones en que trabajan. Y por ello en el XIX empezarán a ser importantes los números de ingenieros (de Caminos, Agrónomos, de Montes, de Minas, Industriales) que se titulan en las Escuelas respectivas en España, y que con sus trabajos van a representar la 'vanguardia' del nuevo estado de cosas que a las clases dirigentes les interesa mostrar y orientar. Del mismo modo va a ser creciente el número de maestros de párvulos y primaria, de profesores de Institutos y de Universidades que van a engrosar esas 'clases medias' (que económicamente pueden ser 'clases medias y hasta medias-bajas', pero que son 'medias-altas' culturalmente) en las que se van a apoyar los partidos políticos de todo signo.

Coincidimos con Horacio Capel en que el XIX es el siglo del libro.

En el XVIII es cierto que el libro (sobre todo el libro, y mucho menos la prensa generalista) es el vehículo transmisor de conocimientos y a la par informador de novedades: pero su ámbito está muy reducido a los grupos de los ilustrados que fueron, dígame lo que se diga, muy minoritarios.

En cambio, en el XIX esa importancia del libro va a disminuir un poco por un lado (pues el papel de informador de novedades lo va a asumir la prensa especializada) pero va a aumentar exponencialmente por otro: al difundirse la escolarización obligatoria y generalizarse bastante los estudios de enseñanzas medias y superiores el número de libros en circulación, y de todas las materias, va a crecer de forma espectacular, pues se distribuye en mayor o menor proporción por todas las clases sociales.

En el 'debe' se debe acusar al siglo XIX de poner de manifiesto algunos de los aspectos peores de nosotros mismos.

El primero, sin ninguna duda, las guerras entre 'carlistas' e 'isabelinos' y el gran número de aonadas y pronunciamientos militares (de 'conservadores' o de 'progresistas', que darán paso a gobiernos de su respectivo signo) que jalonan el siglo. Que si algo tuvieron de nefasto fue que crearon una 'tradición' que no se olvidará fácilmente.

El segundo, consecuencia también del anterior, es que fue tal el vaivén de cambios de gobierno a lo largo del siglo que no había cargo público (del cabeza del partido gobernante al último empleado, como nos contará Benito Pérez Galdós) que durase mucho más allá de seis meses seguidos. Esa imposibilidad de previsión, ese no saber qué se va a hacer (ni si se podrá acabar una vez empezado) tendrá consecuencias devastadoras, pues se dejará de proyectar, se dejará de emprender y empezar y todo se reducirá a un 'ir tirando'.

El tercero es que, a medida que se van conociendo datos del XIX, la imagen del tejer de día y destejer de noche (como Penélope) el mismo asunto u organismo, es de lo más propio. Que se tarde casi 100 años en implantar el Sistema Métrico Decimal dice bien poco de nuestra claridad mental y de nuestra eficacia organizativa. Que se instituya un organismo, a los cuatro años se cierre y a los ocho se vuelva a abrir (habitualmente con otro nombre) es demasiado habitual. Falta previsión y seriedad.

En fin, ya lo dijo casi todo Don Lucas Mallada (que está tan olvidado como el mejor siglo XIX: el que él representó)

Es curioso que, si del XVIII aragonés conocemos (en general) poco, del XIX aún conocemos menos. Es urgente que se cubran las muchas lagunas que tenemos acerca del conocimiento en profundidad de muchos aspectos y hechos de nuestra historia decimonónica (al menos de la científica). Hay muchos personajes del XIX que merecen una tesis doctoral para conocer a fondo toda su obra, su imbricación en la sociedad y su valoración al menos en el conjunto de España. Uno piensa en personajes como el ingeniero agrónomo Hermenegildo Gorría, el veterinario y microbiólogo Luis del Río Lara, el químico Antonio de Gregorio Rocasolano, el médico Pedro Ramón y Cajal

(aunque se le ha dedicado una tesis doctoral en Cádiz, nadie en Aragón ha hecho todavía el estudio que merece), etc, etc. Y también falta en muchos campos de conocimiento un estudio global (para todo Aragón y en el XIX) de los trabajos desarrollados por los ingenieros militares, o por los geólogos (Mallada aparte), o por los médicos (descontado Cajal); y que compare esos datos con los de nuestros vecinos (Cataluña, Navarra, Valencia, etc); para después situarnos y saber exactamente qué lugar – hacia la cola – ocupamos en el concierto español y europeo. Saber de dónde partimos antes de pretender empezar a escalar posiciones

Hay que señalar también que el XIX es (más que el XVIII) un siglo en el que Zaragoza pesa ya mucho más que el resto de Aragón.

Como en el XX el desequilibrio demográfico aragonés se ha acentuado, los estudios más actuales sobre la ciudad de Zaragoza en el siglo XIX, sobre sus personajes señalados, las instituciones, la arquitectura, etc, etc, han aumentado exponencialmente y los estudios de las restantes ciudades y pueblos de Aragón quedan como mera ‘historia local’, sin incidencia en el devenir colectivo.

Zaragoza contra Aragón, como bien tituló y resumió Mario Gaviria. Que no hay que tomárselo como algo ‘personal’, como un insulto a Zaragoza y menos a los zaragozanos (y zaragozanas, que casi me olvido). Es la consecuencia natural de algo antinatural: la exageradísima macrocefalia de la capital de Aragón.

Por eso, Zaragoza debe ser la primera en liderar toda clase de iniciativas, trabajos y estudios que surjan en el resto de Aragón, en lo que no sea estrictamente la ciudad de Zaragoza. Como los que tenemos sobrepeso, ‘Zaragoza’ ha de mentalizarse de que ha de ser ella la que se pasee (porque le conviene a la salud de Zaragoza y del país) por el territorio de Aragón para conocer y para apoyar las iniciativas locales en Huesca y en Teruel, territorios un tanto famélicos, despoblados y olvidados.

Recuerda Asunción Fernández Doctor que las *Ordinaciones económicas* del Hospital de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza (en 1755), imponían que, ‘siempre que hubiera cadáver, se hicieran disecciones’. A uno le parece una norma muy sensata.

Una vez que hay cadáver (el siglo XIX) es recomendable empezar a diseccionar.

Lo único que aquí se ha hecho es dar unos brochazos gruesos para conocer en esbozo lo que hubo de ciencia en el XIX y en Aragón. Conocerlo a fondo, entenderlo, explicarlo y dar una imagen con pincel más fino y detallista, de manera que quede un hermoso cuadro, sólo puede ser cosa de los especialistas.

El cadáver no tiene prisa, pero Caronte aguarda.

